



Gentzler, Edwin. (2008). *Translation and Identity in the Americas. New Directions in Translation Theory*, London & New York, Routledge

Paula Montoya

paulamontoya000@yahoo.com

Universidad de Antioquia – Universidad de Montréal

En *Translation and Identity in the Americas*, Edwin Gentzler aborda el tema de la relación entre la traducción y la formación identitaria en el continente americano. A partir de cinco temáticas: el multiculturalismo en Estados Unidos; el movimiento feminista y la traducción teatral en la provincia de Quebec (Canadá); la corriente cultural conocida como “canibalismo”, liderada por intelectuales brasileños en los años 1950 y 1960; la narrativa latinoamericana y, finalmente, la “literatura de la frontera” o la literatura que surge en las comunidades fronterizas entre México y Estados Unidos, así como la literatura del Caribe.

Esta obra se caracteriza a grandes rasgos por tres elementos. Un primer elemento es el amplio número de referencias que Gentzler utiliza para desarrollar sus argumentos; de esta manera, el lector puede hacerse una idea del amplio panorama teórico que existe alrededor de la reflexión sobre la identidad en el continente americano y cómo esta problemática puede relacionarse con la traducción.

Un segundo elemento es la referencia constante del autor a las teorías del filósofo francés Jacques Derrida, al psicoanálisis y a las teorías postcolonialistas. Gentzler hace énfasis particular en la idea de abordar la traducción en Norteamérica y en Latinoamérica de una manera amplia, interdisciplinaria, lejos de la mirada tradicional según la cual original y traducción son dos entidades fácilmente delimitadas y estructuralmente jerarquizadas. A lo largo de la obra, Gentzler argumenta sobre la dificultad de considerar una cultura como estrictamente “monolingüe”: las culturas están habitadas por una pluralidad lingüística. Esta idea también tiene que ver con los cuestionamientos que Derrida hizo sobre el nacionalismo y las literaturas nacionales, ideas que son más de un carácter “imaginario” que propiamente reales. Así mismo, en las reflexiones de Gentzler sobre Derrida aparecen los postulados de Walter Benjamin sobre la supervivencia de la obras a través de la traducción. Gentzler ve la traducción como un proceso, no de “reproducción” sino de creación, donde original y traducción se complementan.

Finalmente, Gentzler es crítico frente a ciertos temas abordados en el libro; su objetivo es ilustrar la problemática de la traducción en el continente americano como una cuestión de marginalidad, migración, resistencia, poder y formación identitaria. Para el

autor, la traducción en el continente americano no se ha llevado a cabo de una manera neutral, por lo que estudiar o reflexionar sobre los planteamientos ya estudiados es muy pertinente en este momento. Gentzler se propone abordar la traducción desde sus aspectos geográfico, sociopolítico y psicológico, tomando autores que son especialistas en cuestiones de resistencia y poder pero que señalan nuevas perspectivas, autores que finalmente reafirman en Gentzler la idea de la traducción en el continente americano no como un proceso aislado de las culturas, sino como un proceso que constituye y que está dentro de la formación cultural e identitaria.

Ante toda la amplia gama temática, Gentzler discurre a propósito de la poca visibilidad que tiene la traducción en Estados Unidos. Para el autor, es claro que este país vive una situación importante de multiculturalismo pero las políticas lingüísticas y traductivas no son coherentes con dicha realidad; de hecho, la única política clara es la política de la asimilación donde las minorías están claramente relegadas. Gentzler dedica ese capítulo a mostrar el papel importante que ha jugado la traducción en la construcción identitaria de los Estados Unidos, señalando por ejemplo cómo el siglo XIX se caracterizaba por la diversidad cultural y lingüística y que antes de que “los padres fundadores” adoptaran el inglés como la lengua oficial de la nación, en Estados Unidos eran comunes las lenguas indígenas, el alemán, el francés, el hebreo y el holandés, que fue muy importante en Nueva York. La herencia de esta diversidad lingüística está plasmada en la cantidad de publicaciones de periódicos en lenguas diferentes al inglés, donde la traducción se hace presente.

Así mismo la construcción identitaria norteamericana está atravesada por una fuerte tradición indígena, hecho olvidado dentro de la historia de la identidad norteamericana. Rastros de esa tradición, en su mayoría oral, están presentes en la cultura norteamericana. Otro elemento señalado por Gentzler es cómo la idea de una nación y la idea de una democracia llegaron a Estados Unidos a través de traducciones del latín, del griego y del francés. De hecho, durante el siglo XIX pensadores y escritores “nacionales” estaban influenciados por fuentes externas, como el caso de la influencia oriental en el pensamiento de Thoreau.

Gentzler va a contrastar la situación de los Estados Unidos, de una total despreocupación por las políticas lingüísticas y traductivas, con la situación de Canadá, donde dos culturas y dos lenguas coexisten. El hecho de que dichas lenguas coexistan no significa que estén libre de conflictos identitarios, por lo que el autor apela a dos temáticas: la traducción teatral de los años 1960 y 1970 en Quebec como una actividad de búsqueda identitaria, y la traducción feminista como un movimiento cultural que desafía el pensamiento tradicional sobre la traducción.

Por una parte, Gentzler hace una pequeña contextualización histórica para entender esa fiebre identitaria que vivió la provincia de Quebec a partir de 1960. La comunidad francófona siempre se ha sentido en situación de minoría frente a la gran presencia inglesa en el continente norteamericano. Con el surgimiento en 1968 del “Parti

Québécois”, una serie de eventos sociales y políticos contribuyeron a reforzar la identidad quebequense como algo autónomo y diferente a la cultura inglesa. El autor muestra así, tomando como referencia el trabajo de Annie Brisset, cómo la traducción de teatro en esa época fue una fuente importante para alimentar la lucha independentista. A partir de las múltiples apropiaciones y adaptaciones del teatro norteamericano, francés y alemán, entre otros, escritores como Michel Tremblay y Michel Garneau otorgaron un estatus a la “lengua quebequense” y permitieron la construcción de una dramaturgia nacional.

Por otra parte, las feministas quebequenses, tanto escritoras como traductoras, se caracterizaron por llevar a cabo una *réécriture au féminin*, estrategia que permite reflexionar sobre nuevas maneras de pensar la traducción, tanto la práctica como la teoría. A través de la traducción, las feministas quebequenses cuestionaron el dominio del modelo patriarcal, lo que les permitió no sólo cuestionar esa utilización de lenguaje marcado por el género masculino, sino pensar la traducción desde un punto de vista más creativo, no secundario ni de reproducción del original, sino como una actividad original, creativa y productiva. Para Gentzler, las feministas quebequenses han abierto nuevas maneras de comprender la oposición binaria que caracteriza el discurso sobre la traducción; esa oposición entre original y traducción se ve superada al ver la traducción como una forma creativa de escritura, donde traductor y autor pertenecen al mismo estatus.

El tema de los intelectuales brasileños promotores del movimiento conocido como “canibalismo” es también tratado en este libro. Este movimiento ha causado toda suerte de controversias por la connotación que la idea del “caníbal” tiene tanto para los europeos como para los brasileños. El canibalismo fue un movimiento literario y artístico que surgió en el Brasil de los años 1950 de la mano de Oswald de Andrade y su “Manifiesto Caníbal”. Este movimiento es considerado como una corriente que se caracterizó por marcar una pauta importante en la búsqueda identitaria en Brasil. Si antes del canibalismo la traducción se veía como un medio para importar elementos de la cultura europea, con esta corriente la traducción se convierte en un instrumento cultural y artístico de creación y búsqueda identitaria. Gentzler señala la doble significación del canibalismo. Por un lado, esta palabra se refiere al ritual de la tribu Tupi que devora los guerreros para absorber su fuerza; por otro lado, el canibalismo es visto por los europeos como una práctica salvaje e incivilizada. Lo cierto es que el canibalismo se convirtió en un instrumento, que en autores como Haroldo y Augusto de Campos y Mario Andrade, sirvió para marcar la diferencia y señalar la complejidad de la cultura brasileña: una mezcla de elementos propios y fuentes europeas.

Gentzler opone visiones negativas y positivas sobre el canibalismo, pero su objetivo es mostrar que esta corriente teórica hace una importante reflexión sobre la relación entre original y traducción. El autor, tomando a Else Vieira como base, muestra que el canibalismo ilustra esa “visibilidad del traductor” tan abordada por la traductología; así mismo, este movimiento muestra que las “transcreaciones”, traducciones hechas

por Haroldo de Campos, no sólo ejemplifican cómo Europa influyó a Latinoamérica, sino la manera como Latinoamérica devolvió esa imagen de Europa a los mismos europeos.

Uno de los casos interesantes que ilustra Gentzler en su obra y que implica concebir la traducción desde una perspectiva más amplia es el caso de la ficción latinoamericana. Para el autor, la traducción ha jugado un papel importante en la ficción latinoamericana: “[...] translation is perhaps the *most* important topic in Latin American fiction, more important even than the widely circulated magic realism theme featured by most (North American) scholars” (p.108). Gentzler ilustra lo anterior a partir de tres autores: Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. A partir de una exploración de la traducción desde el punto de vista de la pluralidad lingüística y cultural, Gentzler muestra que estos autores han tocado el tema de la traducción. Por ejemplo, Borges trabajó la sobrevaloración del autor, la relación lengua y nación y reflexionó sobre la importancia de enfocarse menos en la equivalencia o en la fidelidad y más en la traducción como una reinterpretación condicionada por factores históricos y culturales. Gentzler expresa que la cuestión del “multilingual nature of the world” es algo presente en la narrativa de obras como *Cien años de soledad* y *El hablador*, que se caracterizan por la diversidad lingüística y cultural, así como por la confusión identitaria característica de Latinoamérica; en consecuencia, una reflexión más profunda desde una perspectiva traductológica puede dar nuevas pistas para comprender la relación de América Latina con el resto del mundo.

Finalmente, Edwin Gentzler aborda el tema de los escritores y artistas que realizan su trabajo en una situación de “frontera” y de los escritores del Caribe. Por una parte, Gentzler ilustra cómo la traducción es una actividad constante en las culturas que comparten esas situaciones de interculturalidad tales como la cultura en la frontera mexicana con Estados Unidos. Ese tipo de literatura, conocida como “border writing”, se manifiesta como un movimiento cultural donde diversas expresiones artísticas tienen cabida y donde el “code switching” es una constante: las personas se están traduciendo todo el tiempo. Así, la traducción se convierte en una herramienta artística que pone de manifiesto la situación social y psicológica de los individuos. Autores como Rolando Hinojosa, Rodolfo Anaya, Gloria Anzaldúa y Guillermo Gómez Peña, que trabaja con el artista Coco Fusco, exploran temáticas tales como la escritura híbrida, la diversidad lingüística y cultural y las consecuencias de la vida en la “frontera”, consecuencias de tipo físico y de tipo psicológico. Gentzler muestra cómo estos autores dan cuenta de las formaciones identitarias de estas culturas híbridas donde la lengua, muchas veces la lengua “no estándar”, es el elemento central que expresa esos procesos sociales y culturales.

Por otra parte, la situación en el Caribe es también una situación interesante ya que en muchos casos la identidad de estos pueblos aparece como algo impuesto, consecuencia de la colonización. De esta manera, Gentzler ilustra cómo autores tales como Sam Selvon, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Aimé Césaire, entre otros, han utilizado la

traducción o la adaptación como un instrumento creativo para resistir el poder colonial y crear nuevas formas artísticas que les permita redefinir su identidad nacional y su cultura.

Todo este panorama general que hace Gentzler sobre el rol de la traducción en el continente americano es una reflexión sobre la multiplicidad lingüística, cultural e identitaria que constituye la historia y el presente del Continente. Para el autor, la traducción en esta región del planeta tiene que estudiarse desde una perspectiva que incluya cuestiones de poder, resistencia y ética. Desde esta perspectiva, lo “nacional” tiene que cuestionarse, pues la hibridación cultural está en el fondo de la constitución de cada nación, lo que hace que las fronteras en el continente americano sean más débiles que en ninguna otra parte; por ello, es más fácil establecer una relación entre Quebec y América Latina que entre Quebec y Estados Unidos, nuevas redes y conexiones entre la América del Norte y la América del Sur se hacen evidentes.

Tal vez uno de los elementos más interesantes es el llamado que hace Gentzler a replantear el concepto de traducción en América. Particularmente en América Latina, que se concibe como una cultura “monolingüe”, donde la traducción no se puede definir en un sentido tradicional; es necesaria una definición más amplia e interdisciplinaria que permita abordar las problemáticas planteadas en esta parte del continente americano.

Para terminar, considero importante señalar que Gentzler afirma que se investiga poco en Traductología en los países latinoamericanos de lengua española. Precisamente por esta afirmación, hay que mencionar que en los últimos años se vienen desarrollando trabajos en torno a la traductología en algunos países latinoamericanos: la formación de pequeñas redes de historia de la traducción en América Latina en países como Colombia, Venezuela, Chile, México y Argentina, así como la realización de tesis de doctorado de estudiantes de dichos países en universidades en Canadá y Estados Unidos, representan la búsqueda de varios investigadores por alcanzar más visibilidad. Lo importante es que estos grupos trabajen por buscar ese reconocimiento y visibilidad, pero que también conozcan y estudian de manera crítica los enfoques de la Traductología europea, norteamericana, brasileña y canadiense, y claro está la traductología que están desarrollando ahora los países árabes, los asiáticos, y en menor medida los africanos.